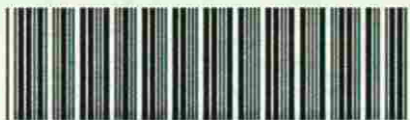


297

BAD

CIÓN

073
W 86



1020006062



UANL



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

107045



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IGNACIO M. ALTAMIRANO



EL PARNASO MEXICANO.

IGNACIO M. ALTAMIRANO

SU RETRATO Y BIOGRAFIA

CON EL JUICIO CRITICO DE SUS OBRAS

Y

Poesias escogidas de varios autores

COLECCIONADAS

BAJO LA DIRECCION DEL SR.

Gral. D. Vicente Riva Palacio,

contando además con la bondadosa
colaboración de los Sres.

Ignacio M. Altamirano, Guillermo Prieto, Manuel Peredo,

José M. Vigil, José M. Bandera,

Juan de D. Peza, Francisco Sosa, Joaquin Trejo,

Hilarión Frias y Soto

y otros de nuestros más eminentes literatos
de esta Capital y de los Estados.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LIBRERIA LA ILUSTRACION.
12, — PRIMERA DE SANTO DOMINGO. — 12

México. 1° de Julio de 1885.

PA 7297

.AG

P3



FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

Ignacio Manuel Altamirano nació el 13 de Noviembre de 1834 en Tixtla, capital del Estado de Guerrero, y como D. Benito Juárez, el más eminente hombre de México, es indígena de pura raza.

Pobre y oscura su familia, apenas en sus primeros años tuvo Altamirano unas ligeras nociones de instrucción primaria, que bastaron, no obstante, para revelar lo que el joven indio podría llegar á ser, y á lo cual debió que las autoridades de su pueblo lo escogiesen, previa oposición con otros jóvenes, para enviarle á recibir una educación superior al Instituto de Toluca, lo que se verificó en 1849. Destinado por la Providencia á triunfar á la manera de Cesar, no estudió materia

alguna en que no obtuviese la primera calificación y el premio de honor. Pequeño para su talento el Instituto de Toluca, pasó al de San Juan de Letrán en México, obteniendo en él triunfos idénticos.

Ante la dictadura del general Santa-Anna, y por efecto de sus propios excesos, surgió entónces el gran partido liberal, que hoy domina en la República, y Altamirano se afilió en él tomando como militar parte activa en la revolución de Ayutla.

Apénas triunfaron sus ideas, volvió de nuevo á sus estudios, y con la mayor brillantez concluyó su carrera de abogado en 1859. Lanzado de nuevo á la lucha el partido liberal á consecuencia de los abusos reaccionarios, estalló entónces la guerra de Reforma, y Altamirano luchó por el triunfo como periodista y como soldado, adquiriendo tal notoriedad, que fué electo diputado al Congreso general en 1861.

Como el caudillo romano, le bastó llegar y ver para encontrarse victorioso una vez más, y Altamirano brilló en la tribuna parlamentaria hasta deslumbrar, no sólo á sus oyentes, sino á todo el país. No ya los periódicos nacionales, los escritos en idioma extranjero, se deshicieron en entusiastas elogios:

“Toda la ciudad—decía *L'Estafette*—resuena todavía con el discurso pronunciado en la Cámara por el Sr. Altamirano. . . . Su manera de decir es concisa y de una firmeza notable. . . . La fuerza de su palabra consiste, sobre todo, en una argumentación cerrada, encadenada sin arte aparente; pero rigurosamente apoyada en citas históricas oportunas y bien escogidas. . . . Jamás en México se ha oído un orador tan enérgico y arrebatador. . . .”

Entónces fué cuando se le llamó el *Danton de América*, y su nombre salió por primera vez de su país, publicando el retrato del gran orador, *L'Illustration Française* y el *Correo de Ultramar*, en París, acompañado de encomiásticos artículos.

Como si la fama no se hubiese hallado satisfecha con haber elevado á tal altura á Altamirano, le proporcionó nuevas é imperecederas glorias con la guerra de intervención francesa y del imperio de Maximiliano. Lanzóse á combatir en 1863; en 1866 ganó la acción de Tierra Blanca; tres días después, la de los Hornos; en 1867, obligó á los imperialistas á evacuar todas las plazas que ocupaban en los Estados del Sur, se apoderó de Cuernavaca, pereciendo en la acción el

jefe imperialista; ocupó el Valle de México y llegó á situarse á cuatro leguas de la capital: en Marzo del mismo año marchó al sitio de Querétaro, distinguiéndose en los más reñidos encuentros, tales como en la terrible acción del *Cimarrón* del 28 de Abril y el de Callejas de 1.º de Mayo, siendo recomendado por el general en jefe como un héroe.

Restablecida la República, Altamirano fué electo magistrado de la Suprema Corte de Justicia, de la que ha sido fiscal, y últimamente presidente en sustitución del Sr. Vallarta: ejerció también el cargo de Procurador general de la Nación.

A él sólo debe la literatura moderna mexicana todo su esplendor; á él, que ha sido para todos los escritores más que un amigo, un padre. Se le llama, y lo ha sido, *el maestro*: con entera justicia se le considera el patriarca de la actual generación literaria. Él ha fundado ó contribuido á fundar las primeras sociedades en su género: él ha creado y dirigido muchos de los primeros periódicos y semanarios: ninguno de sus compatriotas ha reunido mayor número de diplomas de corporaciones científicas y literarias extranjeras. Como profesor, ha desempeñado en los establecimientos oficiales las cátedras de la-

tinidad, de Derecho administrativo, de Historia general y de México, de Historia de la filosofía.

Sus principales obras son: *Rimas*, preciosa colección de poesías; *Movimiento literario en México*, *Dramaturgia mexicana*; *Baltasar*, *Medea*, revistas críticas en que campea una erudición desmedida; *Clemencia*, *Antonia* y *Beatriz*, *Luisa*, *La Navidad en las Montañas*, novelas y leyendas, la primera, sobre todo, inimitable.

Altamirano es una de las más notabilísimas figuras de su patria.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

A Maria Langrand.

(INÉDITA.)

De tus ojos azules, como el cielo
 Que limpio entolda el mexicano suelo,
 En el sereno y cándido mirar,
 Se reflejan la gracia, la dulzura
 Y la santa bondad de tu alma pura
 Como la luz refleja sobre el mar.

Tiene tu blanda y plácida sonrisa
 Algo de la frescura de la brisa
 Que corre juguetona en el pensil,
 Y tu frente bellísima de esposa
 Más blancura y pureza que la rosa
 Que abre su caliz al calor de Abril.

En tu angélica voz se escuchan notas
Del murmullo de amor de las huilotas
Que gimen en el bosque tropical.

Y entre tus labios la palabra suena
De melodiosas inflexiones llena
Como el canto hechicero del turpial.

Todo es belleza y gracia y armonía,
En tu cuerpo y espíritu, María,
En tí todo es perfume y todo es flor.

Mirarte nada mas, es ser dichoso.
¡Cuánta ventura, tu gentil esposo
Tiene, en ser dueño de tu dulce amor!

¡Adios! ¡Adios! en México tu huella
El paso fué luciente de una estrella;
Todos bendicen tu existencia aquí.

¿Dicha?... tú la tendrás dó quier que fueres,
Amas, eres amada cual tú quieres,
Y el cielo mismo se complace en tí.

México, Noviembre 1º de 1884.

MARIA.

Allí en el valle fértil y risueño,
Dó nace el Lerma, y, debil todavía
Juega, desnudo de la régia pompa
Que lo acompaña hasta la mar bravía;
Allí donde se eleva
El viejo Xinantecatl, cuyo aliento,
Por millares de siglos inflamado,
Al soplo de los tiempos se ha apagado,
Pero que altivo y magestuoso eleva
Su frente que corona eterno hielo
Hasta esconderla en el azul del cielo.

Allí donde el favonio murmurante
Mece los frutos de oro del manzano
Y los rojos racimos del cerezo
Y recoje en sus alas vagarosas
La esencia de los nardos y las rosas.

Allí por vez primera
 Un extraño temblor desconocido,
 De repente, agitado y sorprendido
 Mi adolescente corazón sintiera.

'Turbada fué de la niñez la calma,
 Ni supe qué pensar en ese instante
 Del ardor de mi pecho palpitante
 Ni de la tierna languidez del alma.

Era el amor: mas tímido, inocente,
 Ráfaga pura del albor naciente,
 Apenas devaneo
 Del pensamiento virginal del niño;
 No la voraz hoguera del deseo,
 Sino el risueño lampo del cariño.

Yo la miré una vez—virgen querida,
 Despertaba cual yo, del sueño blando
 De las primeras horas de la vida;
 Pura azucena que arrojó el destino
 De mi existencia en el primer camino,
 Recibían sus pétalos temblando
 Los ósculos del aura bullidora,
 Y el tierno caliz encerraba apenas
 El blanco aliento de la tibia aurora.

Cuando en ella fijé larga mirada
 De santa adoración, sus negros ojos

De mí apartó; su frente nacarada
 Se tiñó del carmín de los sonrojos;
 Su seno se agitó por un momento,
 Y entre sus labios espiró su acento.

Me amó también.—Jamás amado había;
 Como yo, esta inquietud no conocía,
 Nuestros ojos ardientes se atraieron
 Y nuestras almas vírgenes se unieron
 Con la unión misteriosa que preside
 El hado entre las sombras, mudo y ciego,
 Y de la dicha del vivir decide
 Para romperla sin clemencia luego.

¡Ay! que esta unión purísima debiera
 No turbarse jamás, que así la dicha
 Tal vez perenne en la existencia fuera:
 ¿Cómo no ser sagrada y duradera
 Si la niñez entretejió sus lazos
 Y la animó, divina, entre sus brazos
 La castidad de la pasión primera?

Pero el amor es árbol delicado
 Que el aire puro de la dicha quiere,
 Y cuando de dolor el cierzo helado
 Su frente toca, se doblega y muere.

¿No es verdad? ¿No es verdad, pobre María?
 ¿Por qué tan pronto del pesar sañudo

Pudo apartarnos la segur impía?
 ¿Cómo tan pronto oscurecernos pudo
 La negra noche en el nacer del día?

¿Por qué entónces no fuimos más felices?
 ¿Por qué entónces no fuimos más constantes?
 Por qué, en el debil corazón, señora,
 Se hacen eternos siglos los instantes,
 Desfalleciendo antes
 De apurar del dolor la última hora?

¡Pobre María! entónces ignorabas
 Y yo también, lo que apellida el mundo
 Amor. ¡amor! y ciega no pensabas
 Que es perfidia, interés, deleite inmundo,
 Y que tu alma pura y sin mancha
 Que amó como los ángeles amáran
 Con fuego intenso, más con fé sencilla,
 Iba á encontrarse sola y sin defensa
 De la maldad entre la mar inmensa.

Entónces, en los días inocentes
 De nuestro amor, una mirada sola
 Fué la felicidad, los puros goces
 De nuestro corazón. el casto beso,
 La tierna y silenciosa confianza,
 La fé en el porvenir y la esperanza.

Entónces. en las noches silenciosas,
 ¡Ayl cuántas horas contemplamos juntos

Con cariño las pálidas estrellas
 En el cielo sin nubes cintilando,
 Como si en nuestro amor gozaran ellas;
 O el resplandor benéfico y amigo
 De la callada luna,
 De nuestra dicha plácida testigo,
 O á las brisas balsámicas y leves
 Con placer confiamos
 Nuestros suspiros y palabras breves.

¡Oh! ¿qué mal hace al cielo
 Este modesto bién, que trás él manda
 De la separación al negro duelo,
 La frialdad espantosa del olvido
 Y el amargo sabor del desengaño,
 Tristes reliquias del amor perdido!

Hoy sabes qué es sufrir, pobre María,
 Y sentiste al presente
 El desamor que mezcla su hiel fría
 De los placeres en la copa ardiente,
 El cansancio, la triste indiferencia,
 Y hasta el ódio que impío
 El antes cielo azul de la existencia
 Nos convierte en un cóncavo sombrío,
 Y la duda también, duda maldita
 Que de acibar eterno el alma llena,
 La enturbia y envenena
 Y en el caos del mal la precipita.

Muy pronto, sí, nos condenó la suerte
 A no vernos jamás hasta la muerte;
 Corrió la primer lágrima encendida
 Del corazón á la primer herida
 Mas pronto se siguió el pesar profundo,
 Del desdén la sonrisa amenzante
 Y la mirada de odio chispeante,
 Terrible reto de venganza al mundo.

Mucho tiempo pasó.—Triste seguimos
 El mandato cruel del hado fiero,
 Contrarias sendas recorriendo fuimos,
 Sin consuelo ni afán. . . . Y también, señora,
 Podemos sin rubor mirarnos ora?
 ¡Ah! ¡qué ha quedado de la virgen bella!
 Tal vez la seducción marcó su huella
 En tu pálida frente ya surcada,
 Porque contemplo en tus hundidos ojos
 Señal de llanto y lívida mirada
 Con el fulgor de acero de la ira.
 Se marchitaron los claveles rojos
 Sobre tus labios ora contraídos
 Por sonrisa de desdén que desatía
 Tu bárbaro pesar, pobre María!
 Y yo . . . yo estoy tranquilo:

Del dolor las tremendas tempestades,
 Roncas rugieron agitando el alma;

La erupción fué terrible y poderosa.
 Pero hoy volvió la calma
 Que se turbó un momento,
 Y aunque siente el volcán mugir violento
 El fuego adentro dél, nunca se atreve
 Su cubierta á romper de dura nieve.

Continuemos, mujer, nuestro camino.
 ¿Dónde parar? ¿Acaso lo sabemos?
 ¿Lo sabemos acaso? Que el destino
 Nos lleve, como ayer: ciegos vagnemos,
 Ya que ni un faro de esperanza vemos.
 Llenos de duda y de pesar marchamos,
 Marchamos siempre, y á perdernos vamos,
 ¡Ayl de la muerte en el océano oscuro.
 ¿Hay más allá riberas? no es seguro,
 Quién sabe si las hay; mas si abordamos
 A esas riberas torvas y sombrías
 Y siempre silenciosas,
 Allí sabré tus quejas dolorosas,
 Y tú también escucharás las mías.

En el album de la Srita. Luz Arce.

(INÉDITA.)

Hallar un seno cariñoso y puro
Donde posar la frente dolorida,
Cuando se torna el horizonte oscuro
En las hondas tristezas de la vida;

Por un instante vislumbrar el cielo
En los amantes ojos de una maga,
Cuando al soplo invernal de amargo duelo
La fé, su antorcha vacilante apaga.

Y creer y esperar! Y altivo y fuerte
Proseguir, contemplando en el camino
Las promesas de vida ante la muerte,
Las sonrisas de triunfo ante el destino.

Tal es la dicha que á tu padre ofrece
Tu amor con tu hermosura y tu terneza,
Su pena, al contemplarte, desaparece
Y se convierte en gozo su tristeza.

El hombre del combate, aquel valiente
Que desafió mil veces la metralla,
Sólo llevando en su mirada ardiente
El siniestro fulgor de la batalla.

Aquel patriota altivo cuyo aliento
Sobrepujo al peligro, y supo osado
Esconder del amor el sentimiento
Bajo la férrea cota del soldado.

Al mirarse en tus ojos de gacela
Hija de su alma, niña dulce y pura,
Abre su corazón, su amor revela,
Débil se inclina, y llora de ternura.

Tú eres para él la dicha de la tierra,
Única luz que mira en lontananza;

En tí sus sueños de ventura encierra
El culto de su vida y su esperanza.

¡Padre amante y feliz! ¡hija amorosa!
Cuando un cuadro tan bello está delante
De triste envidia el corazón rebosa.
¡Qué diera yo por suerte semejante!

Junio 3 de 1881.

LOS NARANJOS.

Perdiéronse las neblinas
En los picos de la sierra,
Y el sol derrama en la tierra
Su torrente abrasador.
Y se derriten las perlas
Del argentado rocío,
En las adelfas del río
Y en los naranjos en flor.
Del *mamey* el duro tronco
Picotea el *carpintero*,
Y en el frondoso *manguero*
Canta su amor el *turpial*.
Y buscan miel las abejas
En las piñas olorosas,
Y pueblan las mariposas
El florido cafetal.
Deja el baño, amada mía,
Sal de la onda bullidora;

Desde que alumbro la aurora
 Juguetas loca allí.
 ¿Acaso el genio que habita
 De ese río en los cristales,
 Te brinda delicias tales
 Que lo prefieres á mí?
 ¡Ingrata! ¿por qué riendo
 Te apartas de la ribera?
 Ven pronto, que ya te espera
 Palpitando el corazón.
 ¿No ves que todo se agita,
 Todo despierta y florece?
 ¿No ves que todo enardece
 Mi deseo y mi pasión?
 En los verdes tamarindos
 Se requiebran las palomas;
 Y en el nardo los aromas
 A beber las brisas ván.
 ¿Tu corazón, por ventura,
 Esa sed de amor no siente,
 Que así se muestra inclemente
 A mi dulce y tierno afán?
 ¡Ah, no! perdona, bien mío;
 Cedés al fin á mi ruego;
 Y de la pasión el fuego
 Miró en tus ojos lucir.
 Vén, que tu amor, virgen bella,
 Nectar es para mi alma;

Sin él, que mi pena calma
 ¿Cómo pudiera vivir?
 Vén y estréchame, no apartes
 Ya tus brazos de mi cuello,
 No ocultes el rostro bello,
 Tímida huyendo de mí.
 Oprimanse nuestros labios
 En un beso eterno, ardiente,
 Y trascuran dulcemente
 Lentas las horas así.

.....
 En los verdes tamarindos
 Enmudecen las palomas;
 En los nardos no hay aromas
 Para los ambientes ya.
 Tú languideces; tus ojos
 Ha cerrado la fatiga,
 Y tu seno, dulce amiga,
 Estremeciéndose está.

En la ribera del río
 Todo se agosta y desmaya;
 Las adelfas de la playa
 Se adormecen de calor.
 Voy el reposo á brindarte
 Del treból en esta alfombra,
 A la perfumada sombra
 De los naranjos en flor.



Las Amapolas.

UROR.—TÍBULO.

El sol en medio del cielo
Derramando fuego está;
Las praderas de la costa
Se comienzan á abrasar,
Y se respira en las ramblas
El aliento de un volcán.

Los arrayanes se inclinan,
Y en el sombrío manglar
Las tórtolas fatigadas
Han enmudecido ya;
Ni la más ligera brisa
Viene en el bosque á jugar.

Todo reposa en la tierra,
Todo callándose vá,
Y sólo de cuándo en cuándo

Ronco, impotente y fugaz,
Se oye el lejano bramido
De los tumbos de la mar.

A las orillas del río,
Entre el verde carrizal,
Asoma una bella joven
De linda y morena faz;
Siguiéndola vá un mancebo
Que con delirante afán
Ciñe su ligero talle,
Y así le comienza á hablar:

—"Ten piedad, hermosa mía,
Del ardor que me devora,
Y que está avivando impía
Con su llama abrasadora
Esta luz de mediodía.

Todo suspira sediento,
Todo lánguido desmaya,
Todo gime soñoliento:
El río, el ave y el viento
Sobre la desierta playa.

Duermen las tiernas mimosas
En los bordes del torrente;
Mústias se tuercen las rosas,

Inclinando perezosas
Su rojo caliz turgente.

Piden sombra á los mangueros
Los floripondios tostados;
Tibios están los senderos
En los bosques perfumados
De mirtos y limoneros.

Y las blancas amapolas
De calor desvanecidas,
Humedecen sus corolas
En las cristalinas olas
De las aguas adormidas;

Todo invitarnos parece;
Yo me abraso de deseos;
Mi corazón se estremece,
Y ese sol de Junio acrece
Mis febriles devaneos.

Arde la tierra, bien mío;
En busca de sombra vamos
Al fondo del bosque umbrío,
Y un paraíso finjamos
En los bordes de ese río.

Aquí en retiro encantado,
Al pié de los platanares,
Por el remanso bañado,

Un lecho te he preparado
De eneldos y de azahares.

Suelta ya la trenza oscura
Sobre la espalda morena;
Muestra la esbelta cintura
Y que forme la onda pura
Nuestra amorosa cadena.

Late el corazón sediento;
Confundamos nuestras almas
En un beso, en un aliento.
Mientras se juntan las palmas
A las caricias del viento.

Mientras que las amapolas
De calor desvanecidas,
Humedecen sus corolas
En las cristalinas olas
De las aguas adormidas."—

Así dice amante el joven,
Y con lánguido mirar
Responde la bella niña
Sonriendo. . . . y nada más.

Entre las palmas se pierden;
Y del día al declinar,
Salen del espeso bosque,
A tiempo que empiezan ya

Las aves á despertarse
Y en los mangles á cantar.

Todo en la tranquila tarde
Tornando á la vida vá;
Y entre los alegres ruidos,
Del Sud al soplo fugaz,
Se oye la voz armoniosa
De los tumbos de la mar.

Junio, 1858.

AL ATOYAC.

Abrase el sol de Julio las playas arenosas
Que azota con sus tumbos embravecido el mar,
Y opongan en su lucha, las aguas orgullosas,
Al encendido rayo, su ronco rebramar.

Tú corres blandamente bajo la fresca sombra
Que el mangle con sus ramas espesas te formó:
Y duermen tus remansos en la mullida alfombra
Que dulce primavera de flores matizó.

Tú juegas en las grutas que forman tus riberas
De ceibas y parotas el bosque colosal:
Y plácido murmuras al pié de las palmeras
Que esbeltas se retratan en tu onda de cristal.

En este Edén divino, que esconde aquí la costa,
El sol ya no penetra con rayo abrasador;
Su luz, cayendo tibia, los árboles no agosta,
Y en tu enramada espesa, se tiñe de verdor.

Aquí sólo se escuchan murmullos mil suaves,
El blando son que forman tus linfas al correr,
La planta cuando crece, y el canto de las aves,
Y el aura que suspira, las ramas al mecer.

Ostentáanse las flores que cuelgan de tu techo
En mil y mil guirnaldas para adornar tu sien;
Y el gigantesco loto, que brota de tu lecho,
Con frescos ramilletes inclinase también.

Se dobla en tus orillas, cimbrándose, el papayo,
El mango con sus pomos de oro y de carmín;
Y en los ilamos saltan, gozoso el papagayo,
El ronco carpintero y el dulce colorín:

A veces tus cristales se apartan bulliciosos
De tus morenas ninfas, jugando en derredor;
Y amante las prodigas abrazos misteriosos
Y lánguido recibes sus ósculos de amor.

Y cuando el sol se oculta detrás de los palmares,
Y en tu salvaje templo comienza á oscurecer,
Del ave te saludan los últimos cantares
Que lleva de los vientos el vuelo postrimer.

La noche viene tibia; se cuelga ya brillando
La blanca luna, en medio de un cielo de zafir,
Y todo allá en los bosques se encoge y vá callando,
Y todo en tus riberas empieza ya á dormir.

Entonces en tu lecho de arena, aletargado
Cubriéndote las palmas con lúgubre capuz,
También te vas durmiendo, apenas alumbrado
Del astro de la noche por la argentada luz.

Y así resbalas muelle; ni turban tu reposo
Del remo de las barcas el tímido rumor,
Ni el repentino brinco del pez que huye medroso
En busca de las peñas que esquivo el pescador.

Ni el silbo de los grillos que se alza en los esteros,
Ni el ronco que á los aires los caracoles dan,
Ni el huaco vigilante que en gritos lastimeros
Inquieta entre los juncos el sueño del caimán.

En tanto los cocuyos en polvo refulgente
Salpican los umbrosos hierbajes del *huamil*,
Y las oseuras malvas del algodón naciente
Que crece de las cañas de maíz, entre el carril.

Y en tanto en la cabaña, la joven que se mece
En la ligera hamaca y en lánguido vaivén,
Arrúllase cantando la *zamba* que entristece,
Mezclando con las trovas el suspirar también:

Mas de repente, al aire resuenan los bordones
Del arpa de la costa con incitante son,
Y agítanse y preludian la flor de las canciones;
La dulce *malagueña* que alegra el corazón.

Entonces, de los *Barrios* la turba placentera
En pos del arpa, el bosque comienza á recorrer,
Y todo en breve es fiestas y danza en tu ríbera,
Y toda amor y cantos y risas y placer.

Así trascurren breves y sin sentir las horas,
Y de tus blandos sueños en medio del sopor

Escuchas á tus hijas, morenas seductoras,
Que entonan á la luna, sus cántigas de amor.

Las aves en sus nidos, de dicha se estremecen,
Los floripondios se abren su esencia á derramar;
Los céfiros despiertan y suspirar parecen;
Tus aguas en el álveo se sienten palpitar.

Ay! Quien en estas horas en que el insomnio ardiente
Aviva los recuerdos del eclipsado bien,
No busca el blando seno de la querida ausente
Para posar los labios y reclinar la sien?

Las palmas se entrelazan, la luz en sus caricias
Destierra de tu lecho la triste oscuridad:
Las flores á las auras inundan de delicias....
Y sólo el alma siente su triste soledad!

Adios, callado río: tus verdes y risueñas
Orillas no entristezcan las quejas del pesar;
Que oírlas sólo deben las solitarias peñas
Que azota, con sus tumbos, embravecido el mar.

Tú queda reflejando la luna en tus cristales,
Que pasan en tus bordes tupidos á mecer

Los verdes ahuejotes y azules carrizales,
Que al sueño ya rendidos volviéronse á caer.

Tú corre blandamente bajo la fresca sombra
Que el mangle con sus ramas espesas te formó:
Y duerman tus remansos en la mullida alfombra
Que alegre Primavera de flores matizó.

Junio 2 de 1864.

JOSE M. BANDEBA.

LA PRIMAVERA.

SONETO.

A mi querido amigo el Sr. D. Vicente Riva Palacio.

Descoge ya su manto Primavera
De esmeralda bordado de mil flores,
Salúdala los pájaros cantores
Cruzando alegres la feraz pradera.

Rompiendo la crisálida ligera,
La mariposa ostenta sus colores,
Y á nueva vida y nuevos esplendores
Despierta ya naturaleza entera.

Tantas galas y tanta maravilla
Infunden melancólica tristura,
Al acercarse á la final orilla.

¿Por qué no alegría ya tanta hermosura?...
Y qué puede importat á la amarilla
Hoja que al arbol vuelva su verdura?

1885.

MIS PROMESAS.

A REFUGIO.

SONETO.

Estaré de rodillas contemplando
Embebido tu angélico semblante,
Será mi amor tiernísimo y constante
Tus caprichos cual leyes acatando.

Yo, niña, lloraré tan sólo cuando
Tú llores, y tus lágrimas amante
Recojeré en mis labios anhelante,
Así en delicia tu dolor tornando.

Tú serás para mí gloria y fortuna,
Cuanto de dicha el corazón ansía,
Sin poder desear otra ninguna.

El cielo serás tú de mi alegría,
Nuestras dos almas formarán sólo una.
¿Serás así dichosa vida mía?

1872.

JOSE PEON Y CONTRERAS.

AL CONQUISTADOR DE ANAHUAC,

D. HERNANDO CORTES.

.....
Sin que después haya visto
El absorto mundo un hombre,
Que de HERNÁN CORTÉS al lado
La historia imparcial coloque.

EL DUQUE DE RIVAS.

Paso! . . . A través de la tiniebla umbría
De los remotos tiempos,
Tienda su vuelo audaz la fantasía
Sobre las verdes cumbres,
Del opulento Anáhuac atalaya;
Y en las alas atónitas del viento,
Deténgase un momento
Del golfo azteca en la arenosa playa.

Unas naves allí . . . sobre los puentes
La roja llama del incendio humea,

Entre los altos mástiles flamea,
De las olas hirvientes
En el cristal oscuro centellea;
Por todos lados pavorosa brilla,
Vuela en pavesas ígneas el velamen,
Del aire maravilla,
Y al crujir el robusto maderamen
Se hunde en las aguas la cortante quilla.

«Sus,» «¡á las armas!» grita en la ribera
Mancebo audaz, alzando la cimera
Del pavonado casco. «¡Por Castilla!»
Y un viva resonó, tal como suele
El retumbar siniestro
Del trueno pavoroso,
Que en la revuelta esfera se dilata.

Lo mismo que bramando se desata
El aquilón sañudo,
El altivo escuadrón partió ligero,
Embrazados la lanza y el escudo,
Al redoblar del atambor guerrero;

No sin tomar al Golfo la mirada,
Allí donde orgullosa se mecía
En las primeras horas de aquel día,
A la risueña luz de su alborada,
Del ave alegre á la primera nota,
Del agil marinero á los cantares,

Juguete de los vientos tutelares,
Hija del mar la castellana flota.

Corred, valientes, á la lucha fiera;
Detrás, la madre patria; á vuestra vista,
El pomposo laurel de la conquista;
Los campos ignorados
Donde tejió, riendo placentera,
La cuna de sus glorias, Primavera,
Con las eternas flores de sus prados,

Y era Cortés, el que llevado sólo
De su marcial instinto,
Cuando brillaba ya de polo á polo
El sol de Carlos Quinto,
Iba al fuerte clamor de la victoria,
Con su espada no más y su fiera,
Sin corona y sin cetro,
A igualar en los fastos de la historia
La magestad del Cesar con su gloria,
La grandeza de un Rey con su grandeza.
Y era Cortés! marchando valeroso
Lo imposible á sus pies avasallaba,
Luchaba con los suyos y triunfaba
Contra el poder inmenso del coloso.
Si pudo á Moctezuma
Con su ingenio vencer, aun le esperaba

Tranquilo el corazón, fuertes las manos,
El héroe de los héroes mexicanos!

.....
Préstame, inspiración, tu sacro numen,
Enciende mi alma en ardorosa llama,
Y la vibrante trompa de la fama,
En las ondas del rápido elemento
Deje suelta la voz..... el aire atruene,
Y en épico cantar mi pensamiento
Con energética rima el mundo llene.

Firme se apresta la Imperial Señora
Del poderoso Anáhuac, á la lucha;
El caudal de sus armas atesora,
Y el son guerrero del clarín escucha!
Tiende sobre ella el pavoroso manto
La lóbrega tiniebla, no se abate
Su sien altiva á la inconstante suerte,
Y resuelta á lidiar hasta la muerte,
Lanza sus bravos hijos al combate!
Y el batallar comienza pavoroso,
Corra la sangre en río caudaloso,
Arde en las plazas la siniestra hoguera,
Se vé á su luz desierta la trinchera
Y henchido de cadáveres el foso.

Todo es gemidos y ayes, el espacio
Juntos crujen la choza y el palacio

Y se alza el sol de Oriente,
Y se hunde en Occidente,
Y pasa un día, y otro, y otro día
Se oculta, y todavía
Sangre refleja en su nublada frente!
Y sangre se refleja
En la pálida faz de la alta luna,
Si es que el humo á su luz el paso deja
Para quebrar su rayo en la laguna!
Niños, mujeres, débiles ancianos
Atraviesan las calles solitarias,
Alzan hambrientos temblorosas manos,
En el cielo se pierden sus plegarias,
Y mueren entre escombros
Al fulgor de cien teas funerarias!
Cuauetemoczn no cede, airado empuña
La sangrienta macana, que se embota
Del castellano en la acerada cota,
Inútil resistir..... la muerte trueca
Cadaver por cadaver.... y tirana,
La sangre generosa del azteca
Mezcla en los surcos con la sangre hispana,
Inútil resistir..... ¡fuerte y áltivo
Digno de su rival, á quien esquivo
El hado la faz vuelve, está el guerrero,
El castellano fiero,
Que á Marte hurtó la poderosa lanza
Y el invencible acero,

Rayo fulgente que encendió la gloria
Y en el rudo fragor de la matanza
Arranca el verde lauro á la victoria!

¡Oh patria, que ensalzó mi idolatría!
No tengas por agravio,
Que al vencedor de Anáhuac cante el labio
Que tus victorias pregonar solía.
Los heroes no tuvieron
Nunca patria ni hogar, nunca el profundo
Rencor herirles puede, nunca el dolo:
¡La patria de los heroes es el mundo!
¡La gloria de Cortés no es gloria sólo
De la noble Castilla! El cielo quiera
Que al resonar mi canto,
Y su vuelo al tender sobre las olas
Que abrieron paso al pabellón ibero,
Desde las verdes playas españolas
Su nombre extienda al universo entero!

Y tú, gigante sombra, que apareces
Girando en torno mío,
El galardón recibe que mereces.
Harto en momento impío
Te hirió la ingratitud cuando apuraste
El caliz de la envidia hasta las heces;
Pues fué tan grande el mundo
Que legaste á tu patria con tu empeño,

Que te miró pequeño
Ante grandeza tanta. . . .
¡Hoy la posteridad tu nombre canta,
La vil calumnia desarruga el ceño
Y pedestal eterno te levanta!

México, Setiembre de 1876.

R. DE ZAYAS ENRIQUEZ.

PRIMAVERALES.

Ya he visto las golondrinas
 Volver á mi chimenea
 Pidiendo hospitalidad.
 Al pasar por mi ventana
 Se detienen, y parecen
 Preguntarme:—«¿Cómo vá?»

Luego me muestran la prole
 Que naciera en medio día,
 Bajo otro cielo, otro sol;
 Y yo á mi vez les enseño
 Un rubio niño en mis brazos,
 Que en el invierno nació.

No temais al pequeñuelo,
 Que nunca irá vuestros nidos
 Insensato á perturbar;

También será amigo vuestro,
 Y partirá con vosotras,
 Alegre, migas de pan.

Y cual yo, verá con pena
 Vuestra partida, el anuncio
 Del invierno aterrador;
 Y os dará la bienvenida,
 Mensajeras del verano,
 Lo mismo que yo os la doy.

FRANCISCO SOSA.

LA VUELTA DE LA PRIMAVERA.

A B***

Al beso de las pardas golondrinas
 Gozosa despertó la primavera,
 Y su manto de flores la pradera
 Vistió al punto que huyeron las neblinas.

Del arroyo las aguas cristalinas
 Murmuran con placer, y vocinglera
 Entona el ave su canción primera
 Al abrirse las rojas clavellinas.

De tus ojos así la luz ardiente
 Mi corazón sintió cuando dormía
 Tras largas horas de gemir doliente.

Devuelves á mi pecho la alegría,
 La inspiración devuelves á mi mente,
 Y te bendigo, primavera mía.

MANUEL CABALLERO.

EL VIENTO Y LA ROSA.

—Rosa, despierta, que ya la aurora
 Ornó su frente con el lucero,
 Mira qué hermoso despunta el día,
 Rosa, despierta, yo soy el viento.

Ya la mañana que se aproxima
 Astros ofusca con sus reflejos,
 Yo vengo ansioso de tu perfume
 A darte en cambio todo mi aliento.

De esas gotitas que te coronan
 Ó que descansan sobre tu seno,
 Yo no he querido que te despojes
 Si á despertarte voy con un beso.

Despierta, rosa, que viene el día,
 Abre tu caliz y mira al cielo.
 ¡Cuántos celajes en el Oriente,
 Cuántos fulgores en el lucero!

Ayer naciste y al ocultarme
Entre las ramas del bosque espeso,
Con tu hermosura temblé de amores,
Pasé la noche velando inquieto.

Mas ya del alba la luz rosada
Avanza en ondas pintando el cielo,
Despierta, rosa, con mis suspiros,
Rosa, despierta, yo soy el viento.

—Nací en la tarde y apenas pude
Sentir del rayo de luz un beso,
Cuando la noche tendió callada
En torno mío su manto negro.

Yo pude verte cuando jugando
Fuiste á ocultarte, del bosque espeso
Entre las flores de la magnolia,
Y entre las hojas de los enebros.

Y no he dormido, porque temblando
Creí escucharte, lejos, muy lejos,
Mintiendo arrullos entre el follaje,
Las claras linfas rizando inquieto.

Y entre los ecos de tus rumores,
Cerca, muy cerca, vibraba un eco
Con que las almas de flores muertas
Iban llorando su desconsuelo.

Todas cantaron historias tristes,
Todas tuvieron tristes lamentos,
Todas hablaron de sus amores,
Todas lloraron con sus recuerdos.

¿Ves estas gotas como diamantes
Que están temblando sobre mis pétalos?
Son de esas almas el tilió llanto
Que derramaron sobre mi seno.

Mas vino el alba y entre las sombras
Las pobres almas fueron huyendo
Tú no dormiste ni yo tampoco
Pero no me ames que tengo miedo!

—¿Qué tienes, rosa?—Como esas almas
Vagar llorando tu olvido temo
Mi aroma es puro, mas no lo aspirés,
Que marchitarme puede tu aliento.

Yo pude oírte que entre las hojas
Toda la noche vagaste inquieto,
Y al escucharte que murmurabas,
Sobre mi tallo temblé de celos;

Gira, si quieres, en torno mío,
Dame de tu alma todo el anhelo,
Dame tus cantos y tus suspiros,
Dame esperanzas, mas no tus besos.

1020006062

Tembló la rosa sobre su tallo;
 Giró en su torno callado el viento,
 Y ella.... pensaba.... «si él fuera míol»
 Y él suspiraba.... «si fuera tiempo!»

La historia dice: que ya más tarde
 El viento pudo con embeleso
 A aquella rosa tímidamente,
 Decir al paso dulce secreto.

Y desde entonces tarde por tarde
 Su aroma daba la rosa al viento
 Y él no besaba ya las magnolias
 Ni iba jugando con los enebros.

SALVADOR DIAZ MIRON.

PRELUDIOS.

F'ragmentos de un libro.

I.

Los árboles, al sentir
 La ráfaga, se dóblegan,
 Y tal parece que bregan
 Por desprenderse y huir!
 Caos de plata y zafir
 Que la vaga niebla esfuma,—
 Las olas entre la bruma
 Hierven, se encrespan, batallan,
 Y son volcanes que estallan
 En explosiones de espuma!

Fulgarante culebreo
 Que rasga el negro capuz;—
 Trémula grieta de luz
 Que simula un parpadeo;
 Repentino centelleo
 Que fascina y amedrenta,—
 El relámpago revienta,
 Y, á los ojos del pavor,
 Es un gesto de furor
 En la faz de la tormenta!

Desde el fondo del follaje,
 Plañidera algarabía
 Responde, en la sinfonía
 Del viento y del oleaje,
 Al trueno, fragor salvaje
 Que rueda, retumba, aterra,
 Cual si en formidable guerra
 Titanes de ferreos brazos
 Rompieran en mil pedazos
 El cielo sobre la tierra!

II.

Al influjo creador,
 El firmamento es abismo,
 El planeta es cataclismo
 Y el espíritu es dolor!
 En mí y á mí alrededor,

Palpita el astro que hiera!
 Y, voz de cisne que muere,
 Mi acento crepuscular
 Canta y llora, y es al par
Te Deum y Miserere!

Soy la larva que procura,
 En su carcel azarosa,
 Convertirse en mariposa
 Y esmaltar el aura pura!
 Soy la linfa siempre oscura
 Que ama el sol canicular,
 Porque quiere arder, brotar
 Del pantano que la estanca,
 Transformarse en nube blanca,
 Ser espléndida y volar!

Soy la cumbre cuyo anhelo
 Es mover un crater roto,
 Y, en medio de un terremoto,
 Lanzar su erupción al cielo!
 Soy el aterido suelo
 En que el nuevo abril germina!
 Soy la rama que se inclina,
 Mientras un pájaro en ella

Mira con ansia una estrella
 Y despliega el ala y trina!

III.

En las garras del dolor,
 El hombre, que es polvo vil,
 Se eleva. como el reptil
 Asido por el condor!
 El fuego exterminador
 Trueca la arena en cristal,
 Y, de la goma oriental,
 —Aspera y acre resina—
 Hace la esencia divina
 Que perfuma el ideal!

El numen—virtud suprema
 Que el mundo insulta y aclama—
 Es una llama, y la llama
 Resplandece, pero quemal
 Bajo un sublime anatema,
 El genio, foco y crisol,
 Sube, envuelto en su arrebol,
 Hasta el zenit de la gloria,
 Y, luminar de la historia,
 Sufre el tormento del soll

IV.

Seres-faros que, al lucir,
 Teneis por fuerza que arder,
 Cumplid con vuestro deber.
 Alumbrad hasta morir!

Luchad por el porvenir,
 Alzados sobre la insidia,
 Que ni triunfa quien no lidia,
 Ni es grande el que se levanta
 Sin sentir bajo su planta
 El pedestal de la envidia!

No hay en el campo una flor
 Que, sin un huesped voraz,
 Sea, en el aura fugaz,
 El aroma y el color!
 Agresivo mediador
 Que ese doble halago hechiza,
 El insecto se desliza.
 Y, en su misión errabunda,
 Devora, pero fecunda;
 Mata, pero inmortaliza!

El íris, claro dosel,
 Tras la borrasca violenta;
 Despues de la lid sangrienta,
 La corona de laurel!
 Oh Humanidad! Oh Israel!
 El bien prometido es cierto!
 Mas Canaán es un huerto
 A donde no ha de llegar
 Quien no sepa atravesar
 El Mar-Rojo y el desierto!



AGUSTIN F. CUENCA.

A orillas del Atoyac.

A UNA ONDA.

Pasa como mis sueños delirantes,
Fugaz como mis dichas engañosas,
Esmaltando los mimbres elegantes,
Besando las acacias olorosas.

Llorando pasa cual mi vida triste,
Hija del sol que en las perpétuas nieves
De reflejos y lágrimas hiciste
Tu manto azul y tus encajes leves.

Pasa bajo las palmas cimbradoras
Que sombra dan á tus revueltos giros,
Onda de las espumas brilladoras
Que ruedas desgranándote en zafiros.

Pasa y lleva á regiones apartadas
Tus ritmos y tus luces refulgentes,
Esquife de las rosas deshojadas,
Camarín de las náyades turgentes.

A mi me deja contemplando á solas
Lejos del patrio hogar y de los mios,
Cómo al fuego del trópico arrebolas
La pompa de tus regios atavios.

Cómo voluble tu furor aquietas,
Cómo el cielo purísimo retratas,
Cómo el iris se quiebra en tus facetas,
Y radiante y azul, pérfida matas.

Cómo creciendo tu rumor sonoro
Te rompes ciega en el peñón salvaje
Y avientas tus moléculas de oro
Entre las esmeraldas del ramaje.

Y calla el son de tu lamento triste,
Y apresurado tu correr violento
De púrpura otra vez el sol te viste
Y tus espumas encarruja el viento.

Y suspiras, y cantas y recreas
Flores y palmas, y tu ritmo ensaya
El dulce epitalamio antes que seas
Salobre tumbo en la marina playa.

Oh! cuál reflejas el vivir mundano;
Como tú tiene luz, amor, canciones,
Tiene cauce de flores y va ufano
Rumbo á la tempestad de las pasiones.

Ni retrocede á los pasados dias,
Ni para nunca á recobrar aliento,
Ni vira en las vorágines sombrías
El timon de su eterno movimiento.

Desgarra como tú su vestidura
Del camino en los ásperos breñales;
Tiene el ímpetu audaz de tu bravura
Y la fragilidad de tus cristales.

Pasa y me deja en la ribera agreste
A solas viendo en mí quietud sombría,
Cómo lleva tu elávide celeste
Luces que tiene la esperanza mía!

Cómo las ilusiones que me faltan
Són, si vislumbro su fulgor escaso,
Como las flores que tu seno esmaltan
Sin aromar el cristalino vaso.

Pasa y corre fugaz, embravecida
A otro valle, á otros montes á otros ríos,
Irónica parodia de mi vida,
Brillante imagen de los sueños míos!

Cuántas nácares nubes, cuántas flores. . .
Al sol dibuja tu radiante velo,
Esclava de los vientos bramadores
Que vas al mar y subirás al cielo!

Cuánto refleja tu cristal hirviente
Que preso corre y entre guijos huye,
La volcánica vida que á mi frente
La sangre agolpa y por la arteria fluye.

Cuánto las rocas tu furor golpea;
Cuánto bate mi sien con fuerza vana—
La onda refulgente de la idea
Que busca el mar de la palabra humana.

Libre siguiendo tu fatal camino
Cuánto mi libertad vas remedando,
Pues caída en el cauce del destino
Sin poderlo torcer lo vá cruzando.

Sér misterioso que del llanto naces
Y con lágrimas sólo te engalanas,
Mis dichas son como tu luz, fugaces,
Mis quejas sen como tu pompa, vanas!

.....
El sol se vá, y al declinar el vuelo,
De su fausto imperial haciendo alarde,

Con ametistas sujetó en el cielo
Los velos transparentes de la tarde.

Onda clara, onda azul, onda turgente
Que de este valle tu rumor alejas
Y te lanzas al mar, indiferente,
É indiferente á mi dolor me dejas,

Léjos ya de estas ramblas arenosas
Otro cielo refleje tus cambiantes,
Otras aves te adulen y otras rosas
Beban en tu salpique de diamantes.

¡Adios! yo quedo en mi dolor pensando
Que eres fugaz como la vida triste,
Pues viéndote venir, fuiste pasando,
Y viéndote pasar desapareciste.

MANUEL ACUÑA.

A LA LUNA.

AL SR. D. MANUEL J. DOMINGUEZ.

¡Oh luna, blanca luna,
Que desde el cielo viertes tus fulgores
A despecho de todos los vapores
Con que la negra noche te importuna;
Yo sé que al permitirme la confianza
De que á abusar cantándote me atrevo,
Antes que hablar de otra cosa debo
Darte una explicación de mi tardanza;
Pero sabiendo, porque así lo he visto,
No recuerdo en qué parte,
Que tú eres noble generosa y buena
Con todos los prosélitos del arte,
Entre los que me inscribo al protestarte
Que nada hay que sin tí valga la pena,
Dejo los cumplimientos

Y las escusas fútiles y vanas
A fin de aprovechar estos momentos;

Que tu al ver que en mis labios
Se agita el estro y mi silencio trunca,
Recordarás que el vulgo y aun los sabios
Dicen *que vale más tarde que nunca,*

No, mira tú; desde hace mucho tiempo
Pensaba yo en venir á saludarte,
Y hasta recuerdo que salí una noche
Sin más objeto que ese;
Pero aunque el muy ilustre Ayuntamiento
Me hizo creer que en el cielo te hallaría,
Tú, que probablemente estabas mala,
Te ocultaste y me diste una antesala
Que me pesa en el cuerpo todavía.

Esto no te lo digo
Por lanzarte una pulla ni un reproche;
Pero este negro bosque me es testigo
De que no más que por hablar contigo
Me anduve por aquí toda la noche.
Lo mismo que otra vez, ya no recuerdo
Si fué en Abril ó en Mayo... suspirando
Por verte frente á frente
Y á tu lado pasar la noche entera.
De modo y de manera
De estar sólos y lejos de la gente,

Vengo, y tú que sin duda me creíste
Algún gemidor de esos
Que por que está desesperado y triste
Ya quiere que le des un par de besos,
No bien tras de estos álamos me viste,
Que escondiéndote en medio de las nubes
Cerraste tu balcón y te metiste.

Y la verdad que si esa fué tu idea
Ante mi aparición inoportuna,
Por mi vida te juro y te respondo
Que te llevaste el chasco mas redondo
Que te has llevado desde que eres luna;
Pues aunque ya á mis años
Se usa entre los humanos corazones
Contar los sufrimientos á montones,
Y á montones también los desengaños,
Yo que algo he sufrido
De presencia en la carrera corta,
Te convicción íntima y grande
le importa,
¿hay quien me lo mande,
los abrojos
atrevo,
mis ojos
la bebo.
sería
ales horas,

Para llamarte solitaria ó fría,
 Y cometer así una grosería
 De esas que no perdonan las señoras.
 Aparte de que á tí, si no me engaño,
 Te debe de importar muy poca cosa
 Que en la vida enojosa
 Camine el goce junto con el daño,
 Así como que al tiempo de las flores
 Siga el invierno nebuloso y frío,
 O que en las tibias noches del estío
 Disminuyan de fuerza los calores,
 Cosa que á muchos saca de su casa
 Por tener de decírtelo el orgullo,
 Cuando todo eso en realidad no pasa
 De ser una verdad de *Pero Grullo*.

Y sin mentar personas,
 Por *allí* anda la ilustre Avellanea
 Que en paz duerma en su lecho de
 Que sin mirar que tú, rueda que r
 Maldito el caso que del tiempo
 Ella al són de sus mágica contigo
 Te delataba á ese lady a noche.
 Que tantos goces con a no recuerdo
 Sin oír que su esp, yo... suspirando
 La llamaba en un te
 Después de regist, oche entera.

Y el sin igual a
 os de la gente,



UNIVERSITY OF
MICHIGAN
P3
OTEC